

exuberante salud, se consumía ahora bajo el peso de un mal desconocido. Y Santiago á quien aquellas dos mujeres habían cuidado con ternura con solicitud, aburrido por las quejas de su madre y helado por la triste sonrisa de su hermana, aminoraba el número de sus visitas, entregándose con feroz egoísmo. al goce de la vida que ellas le habían conservado.

Llegó el mes de Junio y Clemencia, como de costumbre, quiso installarse en Deauville. Algunos años hacía que Sélim Nuño ponía á disposición de la cómica la espléndida villa ó quinta que allí poseía, y Santiago, molestado ya por las frecuentes visitas que el anciano banquero hacía a su querida, montó en cólera cuando ésta habló de su proyecto. Comprendía que quisiera ir á las orillas del mar y que escogiese á Deauville; pero ¿por qué había de aceptar la hospitalidad de Nuño?

Clemencia respondió tranquilamente á esta pregunta:

—Hace ya años, querido, que Sélim es el mejor y más leal amigo que tengo. Mucho le debo y quién sabe si tendré que recurrir todavía á él en lo porvenir.

—Es poco probable, mientras esté yo aquí.

—Tanto mejor; pero puedes variar de parecer, pues esto es propio de los hombres...

Los amigos fieles son tan raros. que es preciso cuidar mucho de no perderlos... Y luego francamente, es imposible que tengas celos de ese pobre anciano.

Es un padre para mí; además, bien sabes que nada tienes que temer de nadie:

Aquella sirena se esforzaba en adornar su resistencia con tiernas palabras, maxime cuando la oposición que á sus deseos hacía el jóven tenía bases antiguas y sólidas. Él la escuchaba moviendo la cabeza y con aire de estar muy poco convencido:

—No me place ir á casa del señor Nuño—repuso—pues aún cuando él no habite allí, estaría, sin embargo, en una posesión que le pertenece. En ese caso ¿qué se diría de mí? Si deseas ir á Deauville, es fácil alquilar otra casa y así no tendrás nada que agradecer á dicho señor. Si aceptas mi proposición, podremos empezar nuevamente la dulce existencia de Monte-Carlo, á la orilla del mar y en una encantadora soledad en la que como entonces nos consagraremos exclusivamente á nuestro amor... Aquí, me encuentro obligado á disputarte á tus obligaciones, á tus relaciones y apenas te veo. Allá me pertenecerías enteramente y ninguno podría apartarte de mí.

El joven hablaba con ardor y Clemencia le escuchaba con curiosidad. Aquella voz que con

tanta dulzura sonaba antes en su oído, le parecía ahora indiferente y vulgar. Las manos, que apretaban las suyas, no la comunicaban ya el ardor de otras veces y solamente le parecía Santiago un hermoso y guapo muchacho rubio, muy exigente, que empezaba á importunarla, y respondió á su apremiante insistencia con una sonrisa, que el jóven acogió como el presagio de la victoria. Se aproximó á su querida y le rodeó el talle con los brazos. Ella no opuso ninguna resistencia; estaba atenta al análisis de sus sensaciones. Aquel abrazo la dejó fría y tranquila; el fuego de la pasión no se reanimó y le pareció para siempre extinguido, sin que hubiera nada capaz de encenderle. Apenas había durado cuatro meses este amor.

Se acordó de aquella noche del *veglione* cuando en el palco, habían pronunciado sus primeras palabras amorosas. ¿Qué conmovida estaba entonces y qué cansada é indiferente ahora! Santiago conservaba la misma pasión; pero decididamente ella había agotado su capricho. En tal instante la sentencia de Santiago fué pronunciada; mientras el joven estrechaba entre sus brazos el cuerpo encantador de Clemencia, ésta se decía:

—Se acabó para éste lo mismo que para los demás. Me adora y estoy cansada de él. ¿No encontraré, pues, nunca á un hombre que no amándome, le ame yo siempre?

Se levantó del sofá en que estaba sentada al lado del jóven y apoyandose en la chimenea con aire pensativo, dijo:

—¿Persistes en tu programa?... Sea... Lo acepto. Alquila la casa que más te guste, con tal de que sea grande, bien situada y que tenga buenas cuadras para los caballos, porque pienso llevarme á todo mi personal. Pero, ya lo sabes. Nuño me visitará allí con tanta libertad como aquí, pues no tengo la intención de romper mis relaciones con los amigos, ni tampoco la de dejarme secuestrar.

—¡Jamás se me ha ocurrido tal idea!—protestó Santiago.—¿No tengo a caso confianza en tí?

Clemencia le miró hallándole perfectamente ridículo. Una fugitiva sonrisa vino á dibujarse en sus labios y después de un instante de silencio, añadió con lentitud:

—Haces bien en ser confiado; porque si no lo fueras, obraría exactamente lo mismo.

La tarde era hermosa y cálida; salieron y se fueron á comer á la fonda de los Embajadores. Á las once Clemencia, de pésimo humor, y diciendo que se hallaba indispuesta, despidió á Santiago. Este, aburrido se marchó al círculo y como estaba empezado el juego, tomó por su cuenta la barca y se puso á tallar, ocurriéndole una cosa bien extraña: mi-

mado por la fortuna mientras había sido amado, pareció abandonarle en el momento en que su querida acababa de cerciorarse de que le era indiferente. La suerte cambió de pronto y Santiago se retiró por la madrugada perdiendo sesenta mil francos.

Tanto había ganado en pocos meses, que no dió ninguna importancia á esta mala vena, que juzgó accidental y que no tuvo más efecto que hacerle desear la revancha: otra derrota. Admirado de esto, pretendió vencer á la suerte y tuvo en pocos días que entregar grandes cantidades en la caja del círculo. Alquilada la casa que habían de habitar en Trouville, Santiago quiso por medio de la ausencia desvanecer aquel propósito del juego, y como Clemencia estaba dispuesta á partir, se dirigieron á la costa normanda.

Allí, como en París, su existencia continuó siendo la misma; pero con mayor intimidad, cosa que aumentó la frialdad real de la joven, obligada á fingir para aparecer encantadora á los ojos de un hombre que le aburría tanto como sus antecesores; mas se vengó ingeniándose en hacerle gastar dinero, en el mismo momento en que Santiago, agotados sus recursos, se veía obligado á recurrir á lo que tenía en reserva. Las dificultades de su situación parecían exitarle y nunca había querido

tanto á Clemencia como desde el instante en que ésta empezó á apartarse de él. Tal vez poseía aquella extraña mujer la peligrosa facultad de turbar la razón de sus amantes, pues exceptuando á Nuño, su primer protector, que nunca tomó á pecho sus caprichos, todos los que amó para desdeñarlos, no se consolaron después de su abandono.

El tren que llevaba Clemencia era considerables, y las giras que organizaba constituían el objeto de las conversaciones entre los concurrentes á la playa. Si se trataba de una cabalgata, arrastraba detrás de sí á toda la juventud de Honfleur y de Villers; el picadero aquel día se hallaba vacío y no se encontraba un solo caballo disponible en el país. Algunos *breack*, enganchados á la Doumont, conducían á las damas, y en una de las encantadoras y buenas posadas de la costa se detenían todos para almorzar. En medio del polvo y de los rayos del sol, los ginetes, después de apearse, ofrecían con alegres exclamaciones la mano á las mujeres para saltar de los coches. Y entonces las claras faldas se ahuecaban, apareciendo rápidas visiones de pequeños pies y mórbidas piernas, que hacían permanecer quietos en el umbral de sus puertas á lo mozos del país para mirar extasiados aquel espectáculo.

Otras veces se emberraban en el yacht de

vapor de la propiedad del barón Tresorier, y por la mar en calma se iban hasta Fécamp ó en dirección de Cherburgo, y por la noche toda aquella loca juventud se reunía en el casino de Trouville, organizaba un baile que duraba hasta las doce, hora en que cada cual se retiraba cansado de los placeres del día y dejaban el sitio á los jugadores, quienes permanecían allí hasta el amanecer. Santiago, que había vuelto al juego pensando que le sonreiría de nuevo la fortuna, tallaba con la misma pésima suerte que antes, y aun cuando se desvanecían en sus manos por miles los luises aparecía impasible, creyendo con inconcebible confianza que no estarían lejanos los días de próspera fortuna para él.

—No me ha de ser—pensaba—siempre infiel, y recuperaré con brevedad lo que he perdido.

Raciocinio propio de todos los jugadores, común esperanza de todos los que pierden y que pocas veces ratifica la suerte.

Cierta noche en que acababa de jugar con su acostumbrada desgracia, la banca se susto, y una voz que le era conocida se dejó oír diciendo:

—Banca abierta.

Santiago levantó la vista, y separado de él tan sólo por lo largo de la mesa, vió á Patrizzi.

Su mirada se encontró con la del príncipe, que le dirigió amigable sonrisa, y en el mismo instante una persona que se hallaba detrás del napolitano se apartó del círculo formado por los curiosos, y Santiago, muy conmovido, conoció el doctor Davidoff.

El jóven, cual si estuviera clavado en su sitio, no pudo dar un solo paso; frío sudor empapó sus sienes y sintió ruido en los oídos, pareciéndole que la imagen de la muerte se levantaba delante de él. Estaba todavía Inmovil, sin fuerzas para avanzar ni para retroceder, fascinado por la burlona mirada del médico ruso, cuando la mano de Patrizzi se posó sobre su hombro. Santiago hizo un esfuerzo para volverse, y con la mirada extraviada, escuchó al príncipe que le estaba hablando. Apenas si oía las palabras que la dirigía: sin embargo, el pensamiento de que le observaban y de que su actitud era inexplicable, le devolvió alguna energía; pasó la mano por su frente y pudo decir al fin á Patrizzi.

—Hace mucho tiempo que está usted aquí?

—Un cuarto de hora escaso. Davidoff y yo hemos entrado en el momento en que la banca era vigorosamente atacada. Ahí tiene usted, querido amigo algunos ingleses que le han librado rudos asaltos...

—No estoy en vena en este momento—balbució Santiago.

—Hace un instante que estos señores lo estaban diciendo. Mas dispénseme usted, me esperan para tallar. Voy á procurar vengarle. Ahí está Davidoff, que viene á saludar á usted.

Se sentó, barajó, hizo que alzarán y empezaron la partida. Davidoff con lentitud se había separado del grupo en medio del cual se hallaba, y avanzó hacia Santiago, examinándole con atención.

Cuando estuvo á su lado, le ofreció el la mano y tomándose la más bien como médico que como amigo, la tentó para estudiar su flexibilidad, su calor y su nervosidad, y la soltó después moviendo la cabeza diciendo:

—Tiene usted fiebre, Santiago; la vida que lleva es malísima.

Estas sabias palabras pronunciadas por el doctor, rompieron el encanto en que parecía estar el jóven, y no vió ya en Davidoff el enigmático personaje poseedor de los secretos que habían devuelto la vida á su cuerpo aniquilado, sino á un hombre benévolo é igual á los demás. Santiago, por lo tanto, recuperó la tranquilidad y dijo con alegría:

—Mala sería para cualquiera; sin embargo ya ve usted cómo no sufro mucho por ello. Pero hace aquí un calor insufrible, ¿quiere usted que vayamos á tomar el aire?

Se puso el sobretodo y apoyándose en el

brazo de Davidoff, salió al terrado. El tiempo era admirable, la noche muy suave y las estrellas scitilaban en el firmamento. Las olas morían sin ruido en la arena de la playa. Había el Norte, los faros del Havre brillaban en la oscuridad y reinaba una profunda calma. Los dos hombres anduvieron sin desplegar sus labios durante algunos instantes, repasando mentalmente los acontecimientos en que habían figurado y que tan poderosamente ligaban á ambos. Tenían muchas preguntas que hacerse; pero el temor de hablar demasiado ponía en suspenso se mutua curiosidad. Santiago fué el primero que se atrevió á romper el silencio.

—¿Acaba V. de llegar á Trouville?—dijo al doctor con afectada indiferencia.

—El yacht del conde Woreseff, con quien estoy, ha entrado en el puerto hoy á las cinco. Hemos comido en las Rocas Negras y como el patrón estaba cansando; se ha quedado á bordo. Patrizzi y yo hemos venido al casino porque sabíamos que estaba usted aquí...

—¡Ah! ¿Le han dicho...?

—Que hace tres semanas vive usted en esta población con Clemencia Villa, que juega mucho con muy mala suerte y que está bueno. Esto es cuanto me han dicho.

Santiago arrugó el ceño.